

L FESTIVAL NACIONAL DE EXALTACIÓN DEL BOTILLO 2023

«El onírico entomólogo»

Archibald Alexander (seudónimo)

Había un especial revuelo aquella gélida mañana en la sede de los Juzgados de Ponferrada. Una defunción, una más, había puesto en marcha desde antes de la alborada toda la maquinaria tanto judicial como policial, registral y fúnebre cuyos engranajes tienen que funcionar, siquiera sea rechinando, cuando llega el óbito de una persona. Parece mentira la zapatiesta que se lía con cada defunción. Como si no estuviera claro ya que todos tenemos que pasar por ahí antes o después. Quienes trabajan en cualquiera de los ramos citados parecen mantener un poco más de cordura, como tratando de demostrar, quizá, que cuando llegue su turno todo será más fácil, más liviano, más llevadero. Pero es mentira, no lo será.

Don Alfredo Laguna, Juez de Primera Instancia e Instrucción N° 1 de Ponferrada, estaba siendo informado en aquellos momentos por la Guardia Civil de Bembibre del hallazgo del cadáver del más veterano de los maestros de infantil del Colegio de Educación Infantil y Primaria Santa Bárbara, de Bembibre, localidad perteneciente a su partido judicial.

El cuerpo del hombre había sido hallado en circunstancias un tanto singulares. No presentaba signos de violencia. Se encontraba tumbado sobre cuatro ramas de pino recién cortadas que aún resudaban resina y tapado desde los pies hasta casi la altura del pecho por una capa de hojarasca, totalmente blanca debido a la cencellada, bajo la cual había una manta también congelada que estaba extrañamente rodeada por un montón de vueltas y revueltas de la lana, también blanca, nívea, que procedía de un ovillo que el hombre mantenía entre sus ya inertes manos. El hilo que envolvía la manta no había sido cortado y permanecía en manos del difunto, unido a la bovina madre de la que germinaba cual serpiente constrictora como queriendo terminar de envolver al maestro llegado el momento de su funeral.

Tras los agentes de la Benemérita llegó el turno de la Médico Forense para informar. El cadáver había sido hallado en posición decúbito supino. No se apreciaban indicios de agresión. No había rastro de disparos, ni de heridas provocadas por arma blanca, ni de estrangulamiento, ni ahogamiento ni ningún otro tipo de violencia que hubiera podido dar lugar a la defunción. A expensas del resultado de la autopsia y de los análisis toxicológicos, el deceso se había producido por hipotermia, y teniendo en cuenta la temperatura imperante la data de la muerte podría fijarse entre las doce de la noche y la una de la madrugada anterior. Como único punto destacado del informe forense preliminar se hacía constar la existencia de algún indicio que pudiera dar lugar a suponer la existencia de algún tipo de ritual extraño, desconocido, consistente en el envolvimiento de la manta que cubría el cuerpo con un hilo de lana blanca. Dicho hilo nacía de un ovillo que el difunto conservaba entre sus manos. A preguntas de Don Alfredo, la Forense le informó que, teniendo

en cuenta la posición de dichas manos, concretamente de los dedos, y la presión que ejercían sobre aquel, la ciencia forense podía asegurar sin margen de error que el ovillo ya se hallaba sujeto por el finado antes de morir, descartando por tanto algún tipo de manipulación del hilo envolvente post mortem.

Una densa niebla había encapotado los campos que normalmente se veían desde la ventana del Juez. La calma que transmitían siempre que brillaba el sol se había difuminado e iba camino de convertirse en un desasosiego conspicuo previo a un lúgubre malestar rayano con el miedo al error fatal. Alfredo Laguna siempre meditaba el resultado de sus resoluciones judiciales alzando la vista de su teclado y perdiendo la mirada en el infinito horizonte que su despacho le permitía contemplar. Así hallaba su tranquilidad profesional, aquella que le permitía trabajar con cierta seguridad jurídica, con confianza en su criterio legal. Pero cuando desaparecía el horizonte se perdía el sosiego y con él la confianza en ser la salvaguarda legal que a todo titular de un Juzgado le exige la sociedad.

Aquella mañana, tras escuchar los informes, don Alfredo tenía prácticamente decidido ya incoar diligencias, aguardar el resultado de los análisis toxicológicos del anatómico forense y después, a falta de nuevas revelaciones o sorpresas, archivar. Muerte por hipotermia. Nada que objetar. Sin embargo, cuando alzó la mirada y aquella calígene tenebrosa que parecía querer meterse por la ventana le impidió contemplar la línea que se formaba entre la cúpula celeste y la tierra, algo, una fuerza ignota, una especie de impulso cerebral, le hizo cambiar de idea. Sentía la necesidad de investigar algo más. Acordó entonces llevar a cabo una inspección ocular y un reconocimiento judicial del domicilio del fallecido maestro don Demetrio Rodrigo. De aquella manera, además, alejaba de su mente el retintín que ya iba resonando en su cabeza mientras imaginaba el recurso que contra el auto de archivo sin la práctica de diligencias complementarias presentaría, como hacía siempre, casi pareciendo querer zaherir a su señoría, el triste representante en la comarca del Ministerio Fiscal.

El sargento de la Guardia Civil se puso a disposición de Alfredo Laguna y guió con seguridad y templanza un flamante nuevo todoterreno hasta Bembibre, estacionando a la puerta del domicilio del maestro don Demetrio en la localidad. Allí, con un fatigado semblante de tristeza, los aguardaba llavero en mano la hija del educador infantil, que abrió inmediatamente la puerta de entrada a la vivienda e hizo las veces de anfitriona de la comisión judicial. Se trataba de una vivienda unifamiliar en planta baja, con fachada de ladrillo mudéjar y con puerta y ventanas de madera natural. Dentro, todo se veía tranquilo. Don Demetrio vivía solo desde que había enviudado, durante el curso almorzaba en la escuela y por las noches solía cenar o en casa de su hija o tomando unos vinos en algún bar. Por ello no había restos de comida ni cacharros sin fregar. Nada llamaba la atención de los juristas a excepción de una preciosa chimenea, también de ladrillo, con restos de ceniza y con indicios de ser utilizada habitualmente para calentar la estancia, que producía envidia a los visitantes que provenían de la ciudad. Todo limpio y en orden, impregnado únicamente por ese aroma que habita todas las casas que gozan de calefacción de leña natural, horrible si no se utiliza bien pero agradable si el artefacto goza de buen tiro y el humo se escapa por el tubo por donde siempre se debería escapar.

Inspeccionados ya los tres dormitorios y el resto de dependencias de la vivienda, la comisión regresó al salón donde había tenido lugar la inspección inicial. Los miembros de la misma resoplaban un vaho demostrativo de la baja temperatura imperante cuando la chimenea no ejercía su función natural de calentar. La Letrada de la Administración de Justicia estaba ya terminando de redactar el acta cuando de pronto don Alfredo la detuvo. Había efectuado una segunda inspección ocular del aposento del salón, una especie de desesperada búsqueda de algún resquicio jurídico, de alguna pista o señal, en definitiva de algún indicio que contribuyera a continuar con las diligencias abiertas, o bien de alguna causa o motivo que aconsejara, ya sin género de dudas y para fastidio del novato que en Ponferrada ejercía las funciones del Ministerio Fiscal, el dictado de un auto de sobreseimiento y el archivo de la causa judicial.

De entre una ordenadísima fila de libros que reposaban en el estante central de un armario provenzal sobresalía extrañamente el lomo de piel de un añejo cuaderno de los de antes, de los que ya no se encontraban a la venta más que en las ferias de libros antiguos y de ocasión. Todos sus compañeros de estantería se hallaban perfecta, meticulosa y milimétricamente alineados, pero aquel lomo se mostraba, se exhibía, casi se contoneaba como invitando a ser tomado entre las manos y abierto por su página inicial. Alfredo Laguna se dejó seducir. Se acercó, abrió el cartapacio y tras leer unas frases al azar sintió como un calambre que recorrió en un segundo toda su espina dorsal. Ordenó hacer constar en acta la incautación de aquella reliquia, la introdujo él mismo en una bolsa de plástico transparente para un análisis posterior y, entonces sí, dio por finalizada la diligencia de inspección.

Cinco días y veintitrés juicios más tarde los últimos coletazos de una borrasca atlántica parecieron alcanzar todos a la vez, como con furia, la ventana del Juez Laguna mientras este se hallaba absorto redactando las sentencias correspondientes a los señalamientos recién celebrados. Cuando, en pleno desarrollo de los fundamentos jurídicos por los que iba a condenar a una pequeña empresa al pago de las cantidades que un cliente le reclamaba por la defectuosa prestación del servicio contratado, de pronto levantó la vista del teclado, ya no estaba el horizonte. Ya las nubes y una cortina de agua lo habían ocultado, como borrándolo o desplazándolo de su ubicación habitual. Y ya el Juez sintió la inseguridad, la amenaza del yerro, y decidió no continuar. Después miró su reloj. Y después miró el cartapacio de don Demetrio Rodrigo, recordó las primeras líneas desesperadas escritas por el maestro, tomó el bloc en sus manos y ya no pudo parar.

Me dicen unos que es deterioro cognitivo, otros que es Alzheimer y otros que demencia senil. Diez médicos y ninguno parece que vaya a salvarme de esta terrible tortura, leyó.

Algunos relámpagos resquebrajaron la cúpula celeste, rajándola, rompiéndola como se quiebra entre las manos en navidades al presionarla una dura tableta de turrón. Grietas de blanca luz iluminaban intermitentemente la ventana mientras truenos de diversas tonalidades rompían el silencio en el que la tormenta había sumido a la ciudad. Pero el Juez Alfredo Laguna ni veía ni escuchaba. Solo leía voraz las páginas del diario del maestro y lo escudriñaba quitándose las gafas y acercando los ojos a los dibujos contenidos en aquella especie de diario de una enfermedad.

Don Demetrio Rodrigo comenzó a escribir aquella obra un martes. Hasta aquel día se había sentido siempre como una persona normal, si por normal se puede entender desarrollar con gusto una profesión vocacional como la enseñanza. Pero durante la noche que nació el lunes anterior y murió a la salida del sol del día de autos, el maestro vivió un potente sueño increíblemente real que hizo que se despertara sobrecogido. De pronto la humanidad había mutado. Continuaba con su actividad normal, pero los seres humanos habían adquirido apariencia de insectos. Los homínidos se presentaban ante su mente como seres dotados de un exoesqueleto, con cuerpo dividido en cabeza, tórax y abdomen, tres pares de patas articuladas, ojos compuestos y un par de antenas. Los había de toda clase y condición. Cucarachas del grupo de los badoteos hacían las veces de banqueros vestidos de traje y corbata en la sucursal de la Caja Rural. Bomberos y guardias civiles habían cedido sus uniformes a ortópteros de aspecto más amable. El claustro de profesores estaba compuesto por dos grupos diferenciados de lepidópteros y odonatos. Y los niños, sus alumnos, la energía que movía los engranajes de su ya veterano cuerpo transmitiéndole la ilusión infantil y las ganas de tomarse la vida como si fuera un juego, continuaban con su habitual fiereza volviendo loco a todo el personal, si bien ahora con apariencia de hormigas pertenecientes al grupo de los himenópteros. A este último grupo pertenecían también los alumnos más mayores, los que cursaban Primaria, representados en aquella artrópoda orgía como una holgada mayoría de obreras acompañada sin embargo por algunos zánganos de vaga condición.

Al principio fue un sueño. Pero fue tan impactante que don Demetrio tomó su antiguo cuaderno y lo describió. En las páginas pares combinaba texto descriptivo con algunas ilustraciones de una sorprendente calidad. Digna de enmarcar era la primera de ellas, en la que una libélula y un caballito del diablo parecían discutir vestidos con ropa deportiva a la puerta de una farmacia, tras cuyo cristal un grillo con lentes redondas y bata blanca de farmacéutico contemplaba la escena con cara de no querer intervenir, no al menos hasta que no atravesaran, si es que era eso lo que querían, el umbral de la entrada de la botica.

El maestro continuó escribiendo todos los martes. La temática de su sueño se había vuelto recurrente. Al principio de su diario relataba la experiencia con humor. Ironizaba estableciendo paralelismos entre la vida de los insectos y la de los humanos. Y se intuía que escribiendo sus experiencias oníricas se hallaba feliz. Pero la obra iba avanzando. Y el talante del autor también. Lo que había comenzado como una anécdota parecía ir convirtiéndose en algo más. Don Demetrio Rodrigo empezaba a desmoronarse, a confundir, a mezclar la realidad con la ficción que le asaltaba a cada ensoñación. Su humor habitual, su bonhomía como docente, se iban tornando en mal humor y en desazón al principio. Y a medida que avanzaba el tiempo, a cada martes que pasaba se apreciaba su desesperación. En las páginas centrales, antes de perder por completo la razón, aún tuvo tiempo de plasmar en su texto algunas peticiones desesperadas de ayuda, algunas súplicas para que algo o alguien le ayudara a recuperar la razón. Pero sus plegarias no debieron, dedujo el Juez Laguna, dar nunca el salto desde el texto hasta la vida real. Al contrario, parecieron caer en saco roto. Y la deriva mental fue entonces in crescendo hasta alcanzar las elevadas cotas de una demencia cruel y perniciosa que finalmente debieron empujarle a hacer lo que hizo,

a buscar aquel gélido desenlace que tuvo lugar aquella triste noche de blanca cencellada, de fino hielo climatológico e inerte que desembocó en la llamada recibida al siguiente amanecer en el Juzgado que se encontraba de guardia aquella mañana invernal.

Terminó la tormenta. Cesaron los truenos y los relámpagos, y la lluvia dejó de golpear furibunda el cristal de la ventana del despacho del Juez. Pero Alfredo Laguna continuó absorto con la lectura. Los últimos martes consultados por el jurista, don Demetrio escribía y se describía ya como un lepidóptero que se encontraba en un demencial mundo paralelo al real en el que todos los seres que lo habitaban llevaban a cabo actividades idénticas a los humanos, con sus mismas costumbres y sus mismas ropas, pero con las cabezas y las extremidades propias de los insectos que habitaban el reino animal. Ya no pedía ayuda. Ya no clamaba por su absurda transmutación. Tábanos, moscas y mosquitos aparecían en sus ilustraciones cediendo sus rostros a las vacas, cabras y ovejas de las explotaciones ganaderas que dibujaba el autor. Y en sus reflexiones ya hablaba de los seres humanos como de ellos, o de los otros, aquellos que ya no pertenecían a la especie a la que en plena demencia se sentía como un integrante más el educador.

Las páginas del cartapacio iban llegando a su fin. Don Demetrio, el último martes que escribió, se relató a sí mismo como una oruga bien cebada y dibujó en la página par siguiente el proceso de la metamorfosis con todo detalle y precisión. Un gusano cuyo rostro se asemejaba al del veterano maestro se tumbaba sobre una cama de palos de madera y comenzaba a tejer con su hilo de seda la crisálida de la que después nacía, por arte de magia, una gran mariposa de bellas alas negras y anaranjadas, el primer lepidóptero de la historia con birrete de magisterio y con los ojos protegidos por unas negras gafas de sol.

Don Alfredo Laguna, aún impresionado por aquella lectura, alzó entonces la mirada. Ya se veía el horizonte por su ventana. Ya se encontraba dispuesto para dictar una resolución. No quiso hacer leña del árbol caído y no reveló el contenido de su incautación. Dictó un auto de sobreseimiento de las diligencias, fundamentándolo en una muerte no violenta por hipotermia, y acto seguido apagó su ordenador.

Algo más de tres años después, ya avanzada la primavera, quiso la casualidad que Alfredo Laguna paseara por los alrededores del Colegio Santa Bárbara. Dos compañeros de promoción, amigos de correrías durante su paso por la Escuela Judicial de Barcelona, le habían comunicado su deseo de pasar juntos un fin de semana. Alfredo recordó entonces un restaurante donde el botillo alcanzaba la categoría de éxtasis gastronómico que casualmente se encontraba en una localidad perteneciente a su partido judicial, y a todos les pareció bien. El sábado por la mañana, todo el grupo fue a visitar la Casa de las Culturas. Como quiera que el Juez Laguna ya había hecho la visita al centro cultural en dos ocasiones, aprovechó para pasear, caminando a buen ritmo, como solía hacer todos los fines de semana.

Eran primeros de junio. Las villas bercianas en esa época quieren convertirse en un mar calmo de tierra firme que parece haber arrinconado al invierno allá al fondo, donde se divisan los chopos que escoltan los cauces de los ríos, como tratando de decirle al frío que baje la voz, que se retire de una vez y que deje a la naturaleza, a las aves, a las flores, a los roedores y a las alimañas trabajar y divertirse antes de la llegada de la canícula, tan temida por todos, excepto por los insectos, como el helor invernal. El Juez, sin darse

cuenta, de pronto se había detenido tras la valla del Colegio. El patio se hallaba vacío, extrañamente silencioso, como precavido. Una mujer, también sin darse cuenta, se había detenido a su vez y contemplaba la escena del hombre contemplando el patio. Una misteriosa cadena de energía parecía unir aquellas sucesivas estampas. Alfredo Laguna, al percatarse de la presencia de la mujer, tomó la palabra. Extraño silencio, dijo. Sí, contestó la mujer. ¿Sabe usted si es aquí donde trabajaba don Demetrio Rodrigo? Claro que lo sé. Yo he sido su sucesora.

Así trabaron conversación. Y fue tras una hora de charla cuando la continuadora de la labor educadora del maestro don Demetrio le relató una anécdota que Alfredo Laguna calló para sí y para siempre. Un secreto que le acompañaría hasta la eternidad, si es que un hombre, o su alma, pudieran llegar a alcanzarla. Nadie, jamás, lo sabría. Ni siquiera la sucesora, que se lo relató sin tener conocimiento de las circunstancias pretéritas ni del alcance que en el espíritu del jurista tendría su locución. La maestra había observado, durante dos cursos ya, que en primavera, los martes, siempre había en el alféizar de la ventana del aula a la que don Demetrio Rodrigo acostumbraba a acercarse mientras explicaba su lección, una gran mariposa con las alas desplegadas que parecía estar mirando atenta, como circunspecta, como atendiendo a la explicación.

La sociedad no estaba preparada para contarle aquel caso. Qué iban a decir, por ejemplo, en la Asociación de Padres, pensaba ella. Y qué iban a decir en el Consejo General del Poder Judicial, pensaba él.

Pasaron los años. Alfredo Laguna se casó dos veces y tuvo tres hijos. Tras divorciarse de su segunda esposa se dejó crecer la perilla y se compró unas gafas de pasta negra y un vehículo deportivo de alta gama con el que acudía a su trabajo en Ponferrada respetando casi siempre los límites de velocidad. Las noches en que no le correspondía el cuidado de sus hijos llevaba una vida bohemia mas no excesiva, casi siempre un gin tonic en la mano pero casi nunca más de dos. Y siempre cumplió satisfactoriamente con su labor jurisdiccional.

Llegó una noche en que el Juez terminó sus quehaceres y se retiró a dormir. Soñó que en su sala de juicios todos los intervinientes lucían vestimentas humanas pero rostros y extremidades con aspecto animal. La nueva Fiscal se presentaba con cabeza de jirafa, y con cara de cocodrilo el funcionario del cuerpo de Auxilio Judicial. Una letrada y su procurador lucían los rostros de un león y un tigre, el acusado el de un asno, y todos los testigos eran perros y gatos mientras declaraban, por mucho que luego tuvieran facciones humanas en las fotografías de sus carnets de identidad. Al día siguiente, tras la celebración de una decena de juicios, mientras el Juez Laguna redactaba las sentencias, una tenue neblina cubrió el cielo de la comarca de El Bierzo. Y fue entonces, aquel martes por la tarde, cuando Alfredo Laguna levantó la mirada, tomó un viejo cuaderno y comenzó a rellenar sus páginas, describiendo con todo detalle y dibujando su sueño y toda aquella biodiversidad.